



www.loqueleo.com/ec

© 2010, Juana Neira Malo

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-810-5

Derechos de autor: 035813

Depósito legal: 004618

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2010

Primera edición en Loquele Ecuador: Julio 2017

Décima segunda impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Roger Ycaza

Corrección de estilo: Mauricio Montenegro

Diagramación: Pamela Godoy

Supervisión editorial: Alejo Romano

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

La nube # 4

Juana Neira Malo

Muestra
promocional

Prohibida
su venta



loquele_o



*A Miriam Vallejo y Elda Cerrato
por sus enseñanzas y fortaleza, en su lucha cotidiana
para vencer al inmenso dragón negro
que apareció en sus vidas.
Y a todas las personas que están luchando día a día
contra el cáncer y sus tentáculos.*

*A mis hijos, Martín, Sebas y Sofi, por sus abrazos
y su ternura durante el proceso de escritura de este libro.
A Josefina Arteta y Nicole Schnetz,
por compartir conmigo
su historia y permitirme vibrar con ella.
A María Fernanda Heredia, amiga incondicional
y cómplice de esta aventura de escribir.*



Luna	11
Saraluna	15
La familia Cardona	25
Capulí	47
Se apagó su sonrisa	61
La danza de las ballenas	77
El dragón negro	99
Fiesta ochentera	109
Malas noticias	119
Todo cambió en un minuto	129
Y llegó el viernes	137
Las hadas y los templos de hielo	149
Biografía	161
Cuaderno de actividades	163



Esa noche fría de abril, los pies helados y el llanto silencioso de su mamá se metieron en la cama de Saraluna. Los gritos destemplados de su papá, una vez más, interrumpieron su sueño. Saraluna abrazó a Antonia, su madre; ella temblaba. La niña le dijo:

—Tranquila, ma, esta noche te cuido yo. Los dragones negros no pasarán de la puerta...

Detrás de la ventana, la luna asomaba tímidamente; si no hubiese sido por ella, los ojos de Saraluna también se habrían llenado de lágrimas.

Luego de algunos minutos, Antonia ya no lloraba más, se había dormido en los brazos de su hija, como cuando Saraluna o uno de sus hermanos se refugiaban en la cama de sus padres, en las noches de monstruos y de pesadillas.

Su padre jamás entenderá que sus chillidos y ofensas trizan la paz y el calorcito de la casa; además, provocan la huida aterrada de Mino, el pequinés color canela que su abuela les regaló en Navidad.

Juli, la hermana más chica, también despertó asustada y confundida. No sabía qué ocurría. Saraluna le dijo:

—¡Shh! No hagas ruido, mamá acaba de dormirse...

Juli preguntó:

—¿Qué pasó? ¿Otra vez papá está furioso? ¡Tengo miedo, ñaña!

12

—Tranquila, ven despacito, yo te abrazo. No temas, hoy yo te protegeré. Debemos cuidar a mamá, que está con frío. Ven, shhh, no llores, shhh, ya pasó...

Saraluna se quedó inmóvil en medio de las dos y pensó: «¡Yo no quiero crecer, menos ser adulta y peor casarme! Papá y mamá parecen perros y gatos, eso no me gusta... A menos que Pablo, mi compañero de las clases de piano, pidiera mi mano; tal vez así lo pensaría dos veces. Me fascinan sus grandes ojos negros, su sonrisa encantadora, pero, sobre todo, sus chistes, que me divierten siempre; la risa es como una pastillita de alegría... Como siempre nos dice la profe de Teatro: “La risa alarga la vida; rían todo lo que puedan, chicos”».





Saraluna acaba de cumplir catorce años. Está en Noveno B y las materias en las que le va mejor son Historia y Lenguaje; pero de la que más disfruta, definitivamente, es Teatro. Ella es una gran imitadora de distintas voces y dialectos, lo cual divierte mucho a sus amigas. Es experta en remedar al profesor de Computación y a la mamá de Daniel, su vecino. Pero la voz que mejor le sale es la de la inspectora del bus:

—¡Señorita Cardona! ¡Deje de usurpar los puestos de los más pequeños! ¡Respete, señorita, respete!

A Saraluna le han fascinado los caballos desde pequeña; su padre le enseñó a montar cuando ella tenía apenas nueve años. Además, le explicó el lenguaje de los caballos. Ellos saben cuándo la persona que los monta está triste o feliz, o tiene miedo. Son animales muy inteligentes. A Saraluna le encanta su olor.

—Los caballos tienen un perfume especial, a campo y alfalfa, que me gusta mucho —decía siempre ella.

Saraluna se enamora de todos los chicos que se le aparecen: Daniel, el vecino de su casa, es un «capo para la bici», como dice ella. Juanber, el pelirrojo, está en Décimo C. Es el cantante de la banda de *rock* del cole; su voz hace que Saraluna alucine... También está enamorada de Sebas, su compañero de banca en Mate. Él siempre le regala chocolates con menta, que son sus favoritos. Pero el que más le gusta los jueves es Pablo, su compañero de las clases de piano. Y Fico es el amor de su vida.

Saraluna odia los deportes, porque el profe de Educación Física siempre le manda a dar cuatro vueltas alrededor de la cancha de fútbol. Cada vez que se distrae cuando le están explicando las reglas del básquet, ella se justifica diciendo:

—No sé qué encuentran de divertido en correr tras una pelota grande y meterla en ese aro. La última vez que intenté jugar básquet, me choqué con Lucía, de séptimo, rodé por los suelos y me lastimé las rodillas. ¡No paraban de sangrar! Y, como no tolero ver sangre, me desmayé inmediatamente.

Jugar básquet le aterra, pero patinar en el parque del barrio es la actividad que más le divierte. Al vértigo de la velocidad y al viento chocando contra su cara, no los cambia por nada. Siempre recuerda el día que aprendió a patinar.

—Mi ilusión más grande era tener unos patines. Cuando los recibí, lo primero que hice fue ir a la pista de patinaje con mis amigas... Es que todas ya tenían los suyos. ¡Mi corazón latía tan fuerte! Me quité los zapatos, me coloqué los patines, intenté pararme pero caí sentada como un costal de papas. La risa de mis amigas fue estruendosa. No podía darme por vencida. Me paré nuevamente y di dos o tres pasos... Entonces se me abrieron las piernas como si fuera una bailarina de *ballet*. ¡Cuánto dolor sentí!

»Me volví a levantar agarrándome de los barrotes que rodeaban la pista. Esta vez intenté dar algunos pasos mientras me sostenía con fuerza de ellos, pero quedé colgada: mi cabeza junto con mis brazos desparramados, por un lado, y mis piernas descuajeringadas, por otro... Pensé que jamás lo lograría, pero poco a poco empecé a dar pasos cortos y, con la ayuda de una profesora, me volví una experta. Ahora hasta patino de espaldas...

Saraluna sueña con ir al mar, meterse debajo de las olas, sentir su olor a sal, ese aroma a vacaciones que siempre espera. Las caminatas por las rocas, para buscar piedras raras y conchas, son la mejor aventura que puede tener.

Como su madre es una aficionada a la cocina, especialista en ensaladas y postres, siempre les insiste a ella y a sus hermanos que consuman frutas y verduras. Para ella es una tortura tener que comer las coles de Bruselas que siempre preparan en casa; dice que parecen pequeños cerebritos y que siente como si se estuviera comiendo los pensamientos de hombrechitos verdes.

Por otro lado, las aceitunas le encantan, son sus preferidas. Siempre recuerda esta anécdota:

—Mamá me ha contado que, cuando ella estaba embarazada de mí, lo único que se le antojaba comer eran aceitunas y helado de manjar de leche. ¡Qué rara mezcla! ¿Será por eso que me gustan tanto esas esferas saladas? En cambio, el helado de manjar me empalaga...

Sus padres, Antonia y Gonzalo, sienten pasión por la música, el cine, la literatura y la pintura. Por eso, matricularon a Saraluna en la academia de música, para que aprendiera a tocar el piano. A ella lo que más le gusta de las clases es cuando entra su compañero Pablo. En ese momento, las claves de sol resplandecen en su cara y su corazón, y sus pequeños dedos se convierten en mariposas traviesas, que lo último que hacen es seguir las notas de la melodía que está aprendiendo.

Para Saraluna no hay mejor plan que meterse a la cama con Antonia, su madre, para ver su película favorita, compartiendo galletas de chocolate y nuez, que son sus preferidas. ¡Ah! Y le fascina jugar a las cartas cuando viene Carmen, la amiga de su madre, que es parte de la familia. A Saraluna ella le parece muy divertida; pueden jugar hasta tres horas seguidas.

Cuando Saraluna y su madre van de compras, ella siempre se pregunta si será una compradora compulsiva, porque adora comprar zapatos, aretes, camisetas, adornos para el pelo, cinturones, cremas para las manos, carteras... Esto saca de quicio a su madre.

Saraluna tiene un amigo muy especial, su padre, con quien comparte su afición por los caballos y el cine. La fotografía también los ha acercado; hace poquito, él le permitió sacar algunas fotos con su cámara, a la que cuida como a un tesoro. Salieron de paseo al lago de Cuicocha; ella se sintió una verdadera fotógrafa captando imágenes de los pajaritos que asomaban a su paso. También se acostó en el piso para tomar fotos de unas flores azules pequeñas.

Saraluna es la mayor de tres hermanos. Matías, el del medio, tiene diez años y respira fútbol, come fútbol, sueña fútbol. Juli, la más pequeña, tiene siete años y es una «contadora profesional». Se divierte

con su manía de contabilizar todo lo que se le cruza. Es buenísima para Matemática, incluso ha ganado premios en la escuela.

Las personas que la conocen siempre le preguntan por qué tiene ese nombre tan extraño, Saraluna, y ella da la explicación las veces que sean necesarias, porque es una historia de la que se siente súper orgullosa:

—Mis padres me pusieron este nombre en honor a la abuela de mi padre, que se llamaba Sara. Ella era una experta bordadora de velos de novia; la llamaban la Bordadora de Sueños, pues siempre relataba historias de amor fascinantes. Luna, la segunda parte de mi nombre, tiene que ver con mi madre, quien conoce mucho acerca de los ciclos de este satélite y sus misterios. Por ejemplo, dice que debemos cortarnos el cabello cuando hay luna llena, porque así nos crecerá más rápido.

»También asegura que las mareas dependen del carácter con que haya amanecido la luna. Este satélite tiene cierta influencia en la determinación del día en que nacen los bebés. Siempre que hay luna tierna a mamá le duelen las rodillas. Estos son algunos de los misterios de la luna que no podemos explicar.

»La luna sabe muchas cosas... Una noche, cuando yo era muy pequeña, tendría unos tres o cuatro años, mi madre me presentó a una luna redonda y dorada. Desde ese día es mi amiga; yo le escribo cartas y le cuento mis secretos.

Desde hace algún tiempo, a Saraluna se le ha dado por escribir cartas a la luna en una libreta lila que le regaló su abuela. Un día ella le dijo:

—Mi pequeña soñadora, cuando tengas algún problema, como una pena de amor, una pelea con mamá o papá, algún disgusto con tus amigas, o cuando hayas vivido algo muy bello o divertido, escríbelo. En el primer caso, tus lágrimas se esfumarán en el papel, y en el segundo, los acontecimientos importantes quedarán guardados para siempre en tu libreta de los grandes secretos.

Saraluna guarda su libreta lila en su baúl de los tesoros, una caja de zapatos a la que ella forró con papeles brillantes de muchos colores y pegó flores secas y hojitas que han caído del arrayán que su madre plantó en el jardín.

—Toda una obra de arte —como siempre decía ella misma.

En esta caja guarda algunos dulces que le regalaron por su cumpleaños, las envolturas de sus chocolates